



noviembre 1917)

# Desvergonzadamente ramplones

Carducci, en un estudio sobre las rimas del Dante, escribió que los conservadores de todos los tiempos, cuando se ensañan contra las manifestaciones de cualquier progreso, son siempre los mismos: insolentes, villanos y desvergonzadamente ramplones («svergognatamente triviali»). Esta expresión del gran poeta civil parecerá a muchos poco ponderada. El inefable Dato diría que fué escrita en un momento de apasionamiento. Porque para ese hombre de rastreras pasioncillas frías es cuando menos poco elegante el estallido de una pasión de verdad, de una pasión viril y civil.

Pero si los conservadores en general son insolentes, villanos y desvergonzadamente ramplones, figuremonos lo que será esta casta de nuestros conservadores de por acá — conservadores de lo ajeno casi siempre, — cuya crema y flor son los llamados «idóneos». Son los más celosos partidarios del materialismo histórico y del otro. Lo que no empece a su ortodoxia.

Hace pocos días que un ex ministro idóneo, uno de los politicastros españoles más cínico e hipócrita a la vez — hipócritamente cínico y cínicamente hipócrita, — ha dicho que ha recorrido España y ha podido observar que a nadie le importa nada de reformas constitucionales; que lo único que interesa es que abaraten las subsistencias. No es la primera vez que ese sujeto, abogado de malas causas, se expresa así, en materialista. Y es la cantata de nuestros conservadores de lo ajeno, cuyo lema es: pan, toros y timbal! Suele ser la cantata también del órgano en la prensa de la idoneidad conservadora, un diario que a diario destila el más pestilente materialismo. Pretenden elegancia y son desvergonzadamente ramplones.

Todo el empeño de esa genticilla es reducir nuestros problemas todos a problemas de estómago. Al obrero, sobre todo, no se hartan de decirle que debe limitarse a pedir mejoras materiales; aumento de jornal y baratura de la vida. Saben de sobra que mientras la clase obrera se limita a pedir mejoras de orden material, no saldrá de su servidumbre. Saben de sobra que una reforma electoral o del Código civil significa para los obreros más, mucho más que el aumento del salario. Es como esos Sindicatos agrícolas que propugna el clero y que no suelen ser sino cáldos de cultivo contra los otros Sindicatos, a modo de vacuna contra la viruela. (Sólo que sucede que esta vacuna suele traer la viruela en vez de evitarla, por lo cual no la prescribimos.)

Durante la última huelga general, esos insolentes, villanos y desvergonzadamente ramplones conservadores discutían la licitud de las huelgas que no sean lo que llaman estrictamente económicas. ¡Como si además cupiera huelga alguna estrictamente económica! ¡Como si en toda huelga no se debatiera más que una cuestión de economía, una cuestión de derecho! ¡Como si una huelga se redujera a un regateo!

La última huelga que hemos visto aquí, en esta ciudad de Salamanca, planteada, y que aun colea, era por si los obreros curtidores han de pertenecer o no a la Federación Obrera o han de constituir Asociación. Los patronos, al asociarse, lo primero de que se han preocupado es de tender a deshacer las Asociaciones obreras. Añadiendo que cada uno en su casa — como si una fábrica, un taller o un almacén fuese una casa — hace lo que mejor le parezca — lo que tampoco es cierto, — se arrojan el derecho; no ya de no admitir a los obreros que estén asociados, sino de despachar a los que después de admitidos se asocian. Y si los obreros a su vez dijeran que no entran a trabajar con patronos asociados, les dirían: «Bueno, a ver quién puede más!» Porque a esto se reduce ya la cosa: a una lucha fuera de toda ley. Quieren que impere la barbarie del llamado contrato libre de trabajo, que de libre nada tiene.

Y los compinches del sociólogo Dato, de este sujeto de quien se ha querido hacer el supremo legislador del trabajo en España, son los que difunden con más celo las doctrinas materialistas. Al pueblo no le importa — dicen — que le mermen su soberanía; lo único que le importa es que le abaraten el pan y el vino, el garbanzo y el aceite, el carbón y el vestido.

El inexistente Dato se hartó de decir antes de su derrumba del Consejo de la Corona que la opinión estaba con él. Creía que la opinión pública española se reduce a pedir a toda costa, y suceda lo que sucediere, que se mantenga la neutralidad en todo. Creía que la opinión no es más que cobarde y casera. Y a fe que no se equivocaba si por opinión se entiende la no opinión, la actitud de las masas inconscientes — que acaso sea la mayoría numérica — que no aspiran más que a ir tirando lo más por debajo posible de la historia y de la civilidad. Pero lo que el inexistente Dato no sabía, o no quería saber, es que un solo ciudadano que opine, que piense, que se sitúe en la historia y en la civilidad para opinar y para pensar, vale y puede más que cien súbditos — consumidores y productores — que sólo se cuiden de ir tirando con la menor sacudida pública posible. Lo que el inexistente Dato no consideró es que esos siervos, verdaderos siervos, no son opinión pública, ni cosa que lo parezca.

Hay gentes que se sorprenden de que sea ahora, cuando el inmediato y pavoroso problema de las subsistencias materiales se agudiza, que sea ahora cuando agitemos los otros problemas, los de subsistencia espiritual, los de soberanía popular, los de libertad civil, los de dignidad moral, los de moralidad. Les sorprenden que cuando a uno le amenaza el hambre pida la verdad. Y sin embargo, es cuando el hambre nos amaga cuando más necesitamos de la verdad. Es ahora, cuando empieza a dificultarse nuestro aprovisionamiento, cuando pedimos que cese el régimen de secreto y de embuste, es cuando exigimos que no se nos engañe.

¡Han leído alguna vez esos insolentes, villanos y desvergonzadamente ramplones conservadores de lo ajeno, aquella soberana escena con que se abre el «Brand» de Ibsen, y en que Brand predica la verdad, el santo amor a la verdad, a un pueblo hambriento, y se lo lleva tras de sí? Porque aunque esa genticilla crea

otra cosa, le diremos que la verdad es muchas veces mejor remedio que el pan contra el fantasma del hambre. Sobre todo cuando no se puede hallar más pan y se tiene la verdad oculta.

Y las reformas que pide el pueblo, el pueblo que se declaró en huelga general en agosto último; el pueblo que hoy pide la absolución de los gloriosos presidiarios de Cartagena, esas reformas se reducen en último término a lograr que la verdad sea la que gobierne, la verdad del sentimiento y el pensamiento públicos. Esas reformas que pide el pueblo sólo tienden a que se sepa mejor en cada momento cuáles son el verdadero sentir y el verdadero pensar del pueblo, a que no prevalezca el régimen del engaño y del embuste.

Para saber que el actual régimen en España es malo, nos basta saber que es embustero, que es engañador, que se basa en ficciones.

La misma neutralidad propugnada por el Dato y Compañía, ¿en qué se basaba sino en ocultación y secreto y engaño? ¿Se sabe acaso qué notas ha enviado España a Alemania desde aquello del «Patriotico», y luego con lo de la escapatoria del submarino, y qué es lo que a ellas ha contestado Alemania, si es que se ha rebajado a contestarnos? ¿Se sabe si no ha sido España despreciada y tal vez insultada y si no nos lo ocultan nuestros desvergonzadamente ramplones gobernantes, conservadores de sus puestos?

Porque ahora, ahora en que se cierne sobre nuestras cabezas el espectro del ayuno, si es que no del hambre, ahora es cuando más necesitamos la verdad. Y acaso la verdad nos aliviara el hambre. Esto no lo entiende ese miserable ex ministro idóneo a que aludíamos.

Miguel de UNAMUNO.

